

Jesús Mosterín

Los cristianos

Historia del pensamiento



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2010
Segunda edición: 2017
Segunda reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: *Good Friday* (Viernes Santo)
© ACI / Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Jesús Mosterín, 2010
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-565-6
Depósito legal: M.36.380-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 Prólogo
- 19 1. Jesús de Nazaret
 - 19 Ungüentos y unguidos
 - 22 ¿Existió Jesús o fue solo un mito?
 - 26 Vida y predicación de Jesús
 - 34 El conato de rebelión
 - 38 Muerte de Jesús
- 42 2. Los jesuitas de Jerusalén
 - 42 La comunidad jesuita
 - 46 Tensión entre hebraizantes y helenizantes
 - 50 A la espera de la *parousía*
 - 53 Mesianidad y resurrección
 - 56 Expansión entre los temerosos de Dios
- 58 3. Pablo de Tarso
 - 58 Vida y misión de Pablo
 - 67 Las cartas de Pablo
 - 71 Adaptación al Imperio Romano
 - 73 Circuncisión y caducidad de la *Torá*
 - 76 Redención del pecado original
 - 81 Salvación por la fe
 - 83 Resurrección
 - 85 Pablo, fundador del cristianismo
- 89 4. Los evangelios
 - 89 Cartas y evangelios
 - 94 La composición de los evangelios sinópticos

98	El Evangelio de Marcos
101	El Evangelio de Mateo
103	El Evangelio de Lucas y los Hechos de los Apóstoles
106	El Evangelio de Juan
108	Los evangelios apócrifos
112	El canon cristiano de las sagradas escrituras
118	5. De perseguidos a perseguidores
118	La situación religiosa en el Imperio Romano
123	La mala fama de los cristianos
126	Persecuciones
132	Diocleciano y la tetrarquía
133	Constantino y el Imperio cristiano
142	Teodosio y la imposición del cristianismo
147	6. La apología cristiana
147	Los gnósticos
150	La autoridad episcopal
153	Apologetas cristianos
156	Tertuliano
163	Orígenes
171	7. La Santísima Trinidad
171	La idea de Dios
175	Platón
179	El neoplatonismo
182	Plotino
188	La logomaquia trinitaria
193	Arrio y Atanasio
198	8. Los concilios ecuménicos
200	El Concilio de Nicea
203	El Espíritu Santo

204	El Concilio de Constantinopla
206	El credo
207	El Concilio de Éfeso y el nestorianismo
209	El Concilio de Calcedonia
212	9. Agustín de Hipona y el pecado original
212	El maniqueísmo
217	Vida de Agustín
221	El pecado original
227	Placer y reproducción
235	Obras y filosofía
237	La ciudad de Dios
242	10. Ascetas y demonios
242	Los primeros monjes
248	Jerónimo
251	El monacato oriental
254	El monacato occidental
255	Ángeles y demonios
264	11. El gran cisma y el cristianismo ortodoxo griego
264	El Imperio Bizantino
266	La jerarquía eclesiástica
268	Los teólogos
270	Las imágenes en el cristianismo
273	Iconoclastas e iconodulos
280	El cisma de Oriente y Occidente
283	Cruzados y almogávares
286	Los místicos
289	Bajo el dominio turco
292	La santa Rusia

296	12.	La guerra santa
296		La santificación de la violencia
301		La expansión del islam
304		La Primera Cruzada (1095-1099)
309		Las órdenes militares
313		La Segunda Cruzada (1145-1149)
314		La Tercera Cruzada (1189-1192)
315		Las Cruzadas del siglo XIII
319		Cruzadas en Europa
323	13.	El apogeo de la Iglesia católica
323		La sociedad bajomedieval
327		El Sacro Imperio Romano Germánico
331		Los reyes santos
334		El clero secular
336		El clero regular
338		Las órdenes mendicantes
341		El papado
344		Gregorio VII
348		Bernardo de Claraval
351		Inocencio III
354		La persecución de los cátaros
359	14.	Los primeros filósofos cristianos
360		Juan Filópono
363		Contra el éter
364		Contra la eternidad del mundo
364		Sobre el infinito
367		Contra el movimiento natural
368		Juan Escoto Eriúgena
370		Anselmo de Canterbury

- 374 15. Universidad, teología y filosofía
374 Las escuelas del siglo XII
377 Pedro Abelardo
386 La universidad medieval
392 Teólogos y filósofos de los siglos XIII y XIV
394 Ramón Llull
395 Guillermo de Ockham
400 La peste
- 402 16. Tomás de Aquino
402 El redescubrimiento de Aristóteles
407 Alberto Magno
411 Juventud de Tomás de Aquino
415 Madurez de Tomás de Aquino
419 Teología natural y teología sagrada
421 Pruebas de la existencia de Dios
427 La esencia de Dios
431 La creación
434 La escala de perfección
438 Siger de Brabante (1240-1284)
- 442 17. Martín Lutero
442 Precedentes de la Reforma
447 Martín Lutero y la polémica de las indulgencias
451 Conflictos sociales
456 Antisemitismo
457 Lutero y la Biblia
463 El pecado y la salvación por la fe
465 Melanchthon
- 467 18. La Reforma protestante
467 La Reforma en Alemania y Escandinavia

468	La Reforma en Suiza
470	Calvino
473	Miguel Servet
477	Los anabaptistas
482	La Iglesia anglicana
484	Los puritanos
490	Presbiterianos y baptistas
492	Los cuáqueros
494	Protestantismo y auge económico
496	19. La Contrarreforma católica
497	El Concilio de Trento
499	Las guerras religiosas
506	Ignacio de Loyola
511	Los misioneros jesuitas
516	El renacimiento del tomismo
519	Los límites de la Contrarreforma
522	20. El cristianismo contemporáneo
523	El tomismo de los siglos XIX y XX
525	La Iglesia católica
530	Los protestantes y el anglicanismo
532	La desmitologización del cristianismo
535	La Iglesia ortodoxa rusa
541	Notas
551	Bibliografía
569	Índice onomástico

Prólogo

Los cristianos han marcado con su impronta la cultura occidental de los dos últimos milenios. No es necesario insistir en la importancia histórica del cristianismo. Incluso los que ya no somos cristianos creyentes ni practicantes todavía seguimos impregnados de cultura cristiana, lo que nos permite acceder a gran parte de la mejor pintura, música y literatura del pasado. También la historia del pensamiento occidental sería inconcebible sin la influencia cristiana. Por eso no requiere especial justificación que este libro se ocupe del desarrollo de las ideas cristianas.

La historia del cristianismo es una temática inmensa. Aquí me he limitado a trazar una panorámica resumida, incidiendo en varios de los momentos y personalidades cruciales, como la muerte de Jesús de Nazaret (capítulo 1), la predicación de Pablo de Tarso (cap. 3), la adopción del cristianismo por Constantino (cap. 5), las discu-

siones trinitarias del siglo IV (cap. 7), Agustín de Hipona (cap. 9), la iconoclasia y el cisma de Oriente y Occidente (cap. 11), la Iglesia triunfante del siglo XIII (cap. 13), las universidades y la escolástica (cap. 15), Tomás de Aquino (cap. 16), Martín Lutero (cap. 17), la Reforma protestante (cap. 18) y la Contrarreforma católica (cap. 19).

Jesús era un judío ferviente que nunca pretendió romper con el judaísmo. Su principio de amar al prójimo como a uno mismo no tiene nada de específicamente cristiano; se trata de una norma judía, que Jesús introduce en el Evangelio como una cita literal del Levítico. La ruptura con el judaísmo no fue obra de Jesús ni de sus discípulos directos, sino de Pablo de Tarso y sus seguidores helenistas. Ideas tan poco judías como la del pecado original, la redención o el Cristo hijo de Dios son doctrinas de Pablo, no de Jesús. Incluso la insistencia paulina en obedecer a las autoridades romanas se opone frontalmente a la actitud más bien rebelde de Jesús. Por todo ello puede considerarse que el cristianismo que conocemos es en gran parte un invento de Pablo.

Además de las dificultades genéricas de las religiones monoteístas, el cristianismo (a diferencia del judaísmo y el islam) presenta a sus creyentes sapos peculiares especialmente difíciles de tragar, como el dogma de la Santísima Trinidad, la doctrina del pecado original o la transustanciación eucarística. Una línea tenebrosa de pensamiento cristiano, que pasa por Pablo, Agustín y Lutero, añade las tesis de la condena eterna de los no bautizados, la salvación por la sola fe o la predestinación.

El último capítulo, el 20, dedicado al cristianismo contemporáneo, es somero y escueto en comparación con

los demás y se centra en los aspectos sociales e institucionales más que en los intelectuales, dado que la religión cristiana lleva dos siglos desacoplada del pensamiento vivo (filosófico, científico, antropológico, político y económico), de nuestro tiempo y ya no genera ideas interesantes.

En muchos momentos cruciales de su historia, el desarrollo del cristianismo no dependió de ideas, argumentos o sentimientos, sino de factores básicamente militares o políticos. El destino de las religiones no se decidía en las cátedras o los púlpitos, sino en los campos de batalla y los aposentos de los príncipes. Fue la decisión de Constantino de poner el signo cristiano en los estandartes de su ejército lo que transformó a los antiguos cristianos de perseguidos en perseguidores. Si el islam se instaló en el previamente cristiano norte de África, pero no en Europa Occidental, ello no se debió al debate teológico, sino al desenlace de los combates armados. Inglaterra se hizo protestante por la decisión personal del rey Enrique VIII y por el fracaso de la armada invencible, no por las plegarias o los silogismos. Por eso esta obra contiene muchas páginas dedicadas a la sociología de las comunidades cristianas, a la estructura de las iglesias, a los conflictos, las persecuciones y las guerras de religión, y un capítulo entero, el 12, trata de las Cruzadas.

De todos modos, este libro está escrito desde la perspectiva de la historia del pensamiento y del análisis crítico de las ideas. Aunque contenga relatos históricos y descripciones sociales, así como anécdotas y datos biográficos, el foco principal está centrado en las ideas cristianas

y en los personajes que más contribuyeron a fraguarlas. Las nociones se analizan con cuidado y las argumentaciones se toman en serio, es decir, nos preguntamos si son correctas o no, y si no lo son, por dónde fallan.

Varios expertos y colegas, como Fernando Bermejo, José Montserrat y Antonio Piñero, han tenido la generosidad de leer con atención el texto de los capítulos sobre los primeros siglos del cristianismo, que han contribuido a mejorar con sus incisivos comentarios y correcciones. Miguel Candel y Francisco Tauste han leído y comentado los capítulos medievales. A todos ellos les agradezco sinceramente sus observaciones y sugerencias, que he seguido en muchos casos, pero no en todos, por lo que soy el único responsable de cuantos defectos y errores puedan quedar en el texto.

Este libro se dirige en primer lugar al lector culto y curioso, que desea tener una visión global, actual, objetiva y crítica del desarrollo del cristianismo. También se dirige a los estudiantes de historia de la filosofía y de la religión y de las ideas en general. El lector puede leer con ventaja la obra de principio a fin, pero también puede acudir directamente a los capítulos que más le interesan y saltarse los otros. Este libro se complementa con mi obra *Los judíos*, también publicada en la misma serie de *Historia del pensamiento*, por lo que su lectura conjunta puede resultar provechosa. Si el atento lector detecta algún error o descuido en el texto, se lo puede comunicar al autor por correo electrónico a la dirección: box@mosterin.com.

La palabra ‘humán’ (plural: ‘humanes’) significa ser humano en general (hombre o mujer). La palabra ‘infan-

te' significa niño o niña, indistintamente. La mayoría de los nombres propios están escritos en su versión castiza o castellanizada, pero la primera vez que aparecen procuro poner entre paréntesis y en cursiva su versión original. He tratado de poner las fechas de nacimiento y muerte de varios autores y personajes citados, la primera vez que aparecen. Las fechas anteriores a nuestra era se indican anteponiéndose el signo menos. Así, -125 es lo mismo que 125 a. C., y el siglo -II es el siglo II a. C. Las comillas simples se usan para mencionar la palabra o expresión que encierran, como al escribir que 'París' es bisílabo. Las comillas dobles se emplean para citar, como en «París bien vale una misa»; también se usan para indicar los títulos de los artículos y para expresar ironía. La mayoría de las citas en castellano de la Biblia proceden de las traducciones de Shökel y Mateos y de Cantera e Iglesias.

En esta nueva edición se ha actualizado el último capítulo, se han corregido todas las erratas detectadas, se han aclarado algunas frases y se ha renovado la maquetación.

Moià, 2010 y 2015
Jesús Mosterín

1. Jesús de Nazaret

Ungüentos y ungidos

En muchas culturas ha habido la creencia supersticiosa en la eficacia mágica de ciertos ungüentos, aceites o uncciones que, aplicados sobre la piel, confieren la invulnerabilidad u otras propiedades prodigiosas. En la leyenda griega de Aquiles (*Akhiléus*), cantada en la *Iliada*, el joven héroe es sumergido por su madre Tetis en un líquido mágico, que lo vuelve invulnerable en todo su cuerpo excepto en el talón, privado de la taumatúrgica mojadura por la mano materna que lo sostenía, y por donde acabaría encontrando la muerte. De ahí que todavía llamemos a aquello por lo que alguien es vulnerable o puede fracasar su «talón de Aquiles».

Las tradiciones hebreas recogían también el ungüento mágico con que fueron untados o ungidos Saúl y David, los presuntos primeros reyes de Israel. Ese ungimiento

del rey era para los judíos lo que la coronación para otros pueblos, pero con mayores connotaciones mágico-religiosas. Durante los primeros dos siglos de dominación romana en Palestina, que seguían a la previa exaltación nacionalista de los Macabeos, muchos judíos fervientes no podían concebir que esa situación de ocupación extranjera fuera tolerada por el Dios de Israel mucho más tiempo. Esperaban que de un momento a otro se produciría una intervención divina: Dios elegiría entre ellos un nuevo rey (del linaje de David), que se alzaría en armas y los liberaría del yugo romano, introduciendo una nueva era –la era mesiánica– de independencia y soberanía israelita, y de paz y armonía en el mundo. Ese rey liberador sería previamente ungido con un ungüento mágico, como otrora Saúl y David, lo que le permitiría vencer a todos los enemigos de Israel. Los judíos de la época llamaban a ese esperado rey liberador simplemente el «untado» o «ungido», es decir, el «mesías» (en hebreo, *mashíaj*).

La condición de ungido o mesías encarnaba la esperanza abstracta en la liberación del pueblo judío, esperanza que apenas compartían los judíos normales y sensatos, pero que encandilaba a los más calenturientos y excitables. En cualquier caso, el mesías mismo no podía ser un ideal abstracto, tenía que ser un individuo concreto, aunque ni siquiera fuese judío. Cuando el rey persa Ciro había conquistado Babilonia, liberando a los judíos de su exilio forzado y permitiéndoles regresar a su tierra y reconstruir el templo de Jerusalén, el profeta segundo Isaías (*Yeshayahu*) lo identifica inmediatamente con el mesías, el ungido: «Así habla Yahvé a su ungido, Ciro, a quien he cogido de la mano derecha, para someter ante

él a las naciones»¹. De todos modos, a principios de nuestra era algunos esperaban que el mesías surgiera de entre los santones rebeldes que pululaban en Israel. Al parecer, uno de ellos fue un santón galileo llamado *Yeshúa*, al que en castellano llamamos Jesús, que reunió en torno suyo un grupo de seguidores y discípulos a los que podemos llamar los jesuitas. Yeshúa debía de ser crítico con la autoridad establecida y con la ocupación romana y hablaba del próximo reino de Dios. Quizás algunos de sus discípulos lo consideraban el mesías, lo que debió de llegar a oídos de los romanos, que lo ajusticiaron con la muerte oprobiosa de la cruz. Por tanto, Yeshúa, muerto como un facineroso sin haber liberado a Israel, no era el mesías esperado.

Yeshúa y sus discípulos eran judíos, hablaban arameo y vivían en Israel, sobre todo en Galilea. Tras la muerte de Yeshúa, algunos judíos helenizados de la diáspora, que vivían fuera de Israel y que nunca lo habían visto, se interesaron por sus enseñanzas y se hicieron jesuitas. El más famoso e influyente fue Pablo de Tarso. El nombre arameo *Yeshúa* se traduce al griego como *Iēsoûs*, pronunciado *Yesús* y castellanizado como *Jesús*. Por eso y por ser de Nazaret, lo conocemos como Jesús Nazareno.

La idea de untar, ungir o frotar se expresa en griego mediante el verbo *kehrîō*. De ahí deriva la palabra *kehrîsma*, que significa ‘ungüento’, ‘untura’, ‘aceite’, y el adjetivo *kehrîstós*, ‘untado’, ‘ungido’ o ‘Cristo’. En algún momento, los jesuitas helenizados identificaron a Jesús con el Cristo y, al parecer, unas décadas después de su muerte, en la ciudad helenística siria de Antioquía, empezaron a denominarlos ya no jesuitas, seguidores de Jesús,

sino *cristianos*, seguidores del Cristo, del ungido. Por eso a Jesús, considerado como Cristo, lo conocemos también como Jesucristo. Y los jesuitas, reconvertidos en cristianos, son el tema de este libro.

De todos modos, el tránsito de la lengua hebrea o aramea al griego, del *Meshíaj* al *Khrístós*, no fue inocente ni meramente lingüístico. Como veremos en el capítulo siguiente, Pablo procedió a una completa reinterpretación de su significado, convirtiendo el concepto de Cristo en algo totalmente nuevo, una creación paulina que Jesús mismo no habría reconocido.

¿Existió Jesús o fue solo un mito?

¿Existió realmente Jesús, o es una figura inventada por los cristianos posteriores? No lo sabemos. Desde luego, Jesús, si existió, pasó bastante inadvertido, pues no fue registrado en los anales de su época ni en los escritos de sus coetáneos. De hecho, ninguna fuente (griega, romana o judía) contemporánea lo menciona siquiera. Ya en la segunda mitad del siglo I, solo las cartas de Pablo (que nunca había conocido personalmente a Jesús, que no ofrece detalle alguno sobre su vida y que incluso parece ignorar las tradiciones biográficas y las doctrinas recogidas en los posteriores Evangelios) y los Evangelios mismos, escritos medio siglo después de su muerte por cristianos que nunca lo habían visto, y sometidos luego a todo tipo de manipulaciones y reediciones, contienen alguna información sobre el personaje, información que el análisis filológico ha logrado en parte desentrañar, aun-

que con todas las cautelas y dudas de rigor. Incluso entonces, ninguna fuente pagana menciona a Jesús. Entre las fuentes judías, su nombre solo aparece brevemente en el historiador Yosef ben Matatiah, más conocido como Flavio Josefo (37-101). En 93 (sesenta años después de la muerte de Jesús) escribió Josefo la obra *Antigüedades judías* (*Ioudaikè arkhaiología*), en cuyo capítulo 18, corrompido por interpolaciones, parece decir:

Por este tiempo apareció Jesús, un hombre sabio, que atrajo hacia él a muchos judíos. Y cuando Pilatos, frente a la denuncia de aquellos que son los principales entre nosotros, lo había condenado a la cruz, aquellos que lo habían amado primero no lo abandonaron. La tribu de los cristianos, llamados así por él, no ha cesado de crecer hasta este día.

En el capítulo 20 se menciona indirectamente a Jesús al relatar la muerte de su hermano Jacobo (*Yáaqov*):

Ananías era un saduceo sin alma. Convocó astutamente al Sanedrín en el momento propicio. El procurador Festo había fallecido. El sucesor, Albino, todavía no había tomado posesión. Hizo que el Sanedrín juzgase a Jacobo, hermano de Jesús, llamado el Cristo, y a algunos otros. Los acusó de haber transgredido la ley y los entregó para que fueran apedreados.

Eso es todo. No hay absolutamente ningún testimonio escrito contemporáneo de Jesús. Y los dos pasajes citados de Flavio Josefo son los únicos no cristianos que lo mencionan en los ochenta años siguientes a su muerte.

Los posteriores, que siguen siendo escasos, están ya tan alejados de los presuntos hechos descritos, que difícilmente merecen crédito como fuentes primarias. ¿Habrá más suerte con los restos arqueológicos?

El coleccionista de antigüedades Oded Golan, de Tel Aviv, causó sensación cuando, en 2002, anunció en una conferencia de prensa que había descubierto el resto arqueológico más antiguo relacionado con Jesús, un osario de piedra caliza que presuntamente habría contenido los huesos de Jacobo, el hermano de Jesús, pues llevaba la inscripción: «Jacobo, hijo de José y hermano de Jesús». Ese mismo año, el osario fue exhibido en Canadá. Muchos visitantes se arrodillaban ante el osario y rezaban. En 2004, tras una investigación de sus detectives y arqueólogos, la policía israelí acusó a Golan de fraude. La inscripción que ligaba el osario con Jacobo e indirectamente con Jesús estaba falsificada. Además, los dos únicos objetos presuntamente provenientes del templo de Jerusalén y vendidos por Golan a museos también resultaron ser un fraude, como comprobaron los arqueólogos. La peripecia entera ha sido tan abracadabrante que en 2008 la periodista Nina Burleigh le ha dedicado un libro entero, entretenido y bien documentado.

De hecho, no hay ningún resto arqueológico genuino que tenga relación alguna con Jesús. Las iglesias de todo el mundo contienen miles de reliquias de la cruz en que murió Jesús, pero todas son falsas. Ya en la exposición universal de 1933 estuvo expuesto el cáliz de la última cena, el santo grial, que acababa de ser encontrado, pero luego resultó ser del siglo VI. La reliquia más famosa es el santo sudario o sábana santa, el paño de lino que presun-

tamente envolvió el cuerpo de Jesús tras su descenso de la cruz, en el que su imagen ensangrentada habría quedado grabada y que se conserva en la catedral de Turín. En 1998, el santo sudario fue sometido a datación por el método fiable del carbono-14, y resulta que el tejido es del siglo XIV.

Hermann Samuel Reimarus (1694-1768) fue el primer intérprete bíblico que propuso la tesis más comúnmente aceptada por los expertos actuales, a saber, que Jesús fue efectivamente un personaje real, un santón galileo que quizás aspiraba a convertirse en el mesías judío para acabar con el dominio romano, pero que fracasó en su empeño. Para sobreponerse a ese fracaso, sus discípulos inventaron su resurrección y redefinieron su misión. Otros tratadistas posteriores, como Bruno Bauer (1809-1882), John M. Robertson (1856-1933), Arthur Drews (1865-1935), Prosper Alfaric (1876-1955), Earl Doherty, Robert M. Price y George A. Wells llegaron a la conclusión de que Jesús no existió nunca, sino que se trata de una mera creación literaria, mítica o conceptual. Tanto los partidarios como los negadores de la existencia histórica de Jesús parten de las numerosas contradicciones en los textos neotestamentarios que a él se refieren. Algunos partidarios de la existencia histórica de Jesús utilizan el curioso argumento (que pone los pelos de punta a cualquier lógico) de que las contradicciones son de tan grueso calibre que nunca habrían sido introducidas en un texto inventado, sino que tienen que recoger tradiciones anteriores insoslayables. Gonzalo Puente Ojea y Antonio Piñero señalan que las dificultades proceden del intento fallido de cohesionar dos discursos incompatibles: